

tes. ¿Quieres decir con eso que me desvelves mi palabra?

—¿Es acaso más bien que tú deseas retirarla?

Manobal pareció quedar poseído de una angustiosa incertidumbre; pero como todas sus divagaciones y los diferentes asuntos tratados en esta conferencia no tenían para él más que un objetivo, volvió sobre sus intenciones de una manera franca y resuelta, y dejando á un lado á Sigor y á su hija, y á los cimbrios, y á la ciudad de Tolosa, dijo á Léntulo con viveza:

—¿Quién es ese Cepion? ¿Es hombre con quien pueda tratarse razonablemente?

—Yo te acompañaré á su campamento, y si lo que tú le propones fuese aceptable, no dudes que lo encontrarás dispuesto á entenderse contigo. En cuanto á Sigor, te diré que el medio que has indicado para separarlo de sus proyectos es aún más fácil y seguro de lo que tú mismo has podido suponer; pero otra, que no Cesonia, conseguirá ese objeto y realizará nuestros planes: déjalo á mi cuidado, que yo respondo del éxito. Mañana vendré á buscarte para ir al campamento de Cepion; procura encontrar una excusa, un pretexto cualquiera para que Sigor consienta en permanecer un día más en tu casa, y aunque tu ausencia se prolongase más de ese día, yo

te aseguro que no se preocupará de ello.

Después de esta conferencia, Manobal y Léntulo se despidieron y se separaron.

III.

En la mañana del siguiente día, Léntulo se dirigió bien temprano á la morada de Manobal; pero en vez de presentarse á éste ó á su hija Cesonia, procuró antes avistarse con Dionea, en lugar apartado y solitario, celebrando con la esclava una importante y animada conferencia, durante la cual se vió precisado á emplear sucesivamente las más humillantes súplicas ó las más insolentes amenazas.

Pocos momentos después se separaba Dionea del romano profundamente agitada, demostrando una visible alteracion en su semblante, donde al par se manifestaba la animacion de una intensa dicha, y se dibujaba el abatimiento extremo de la desesperacion y de la desventura.

Aquel mismo día Léntulo fué portador de los dijes y joyas que habia ofrecido la víspera á Cesonia, entregando á ésta un precioso collar de pequeñas medallas de plata, unidas entre sí con argollitas de oro, como los que usaban por entonces las mujeres romanas; un lindo espejo de pulido acero; un alfiler de oro para sujetar los

cabellos, rematado por una diminuta estatua de Mercurio, admirablemente cincelada, y unos preciosos y artísticos pendientes del mismo metal, que figuraban dos águilas llevando cada una de ellas un niño en sus garras, completaban aquel delicado presente, que constituía por su valor y por su significacion bastante más de lo que se necesitaba para afianzar el amor y la fidelidad de Cesonia durante la ausencia de su padre y de su amante. Así fué que la joven vió partir á ambos con los ojos arrasados en lágrimas, y tal vez hubieran parecido exageradas las instancias é insistentes los ruegos que empleó para que apresurasen su regreso, y un tanto ajenos al pudor de una mujer si, aunque con la vista fija en los ojos de Léntulo, no hubiera dirigido aquellas súplicas á su padre.

Sigor quiso tambien marcharse aquel mismo dia; pero Manobal, con acento misterioso y aparentando reserva, le disuadió de aquel propósito, dejándole entender que si él acompañaba á Léntulo era por acuerdo secreto de los magistrados de Tolosa, para mejor conocer la verdadera posicion de los romanos y la importancia verdadera de sus fuerzas, y que por lo tanto, esperaba encontrarlo en su casa despues del cumplimiento de aquel deber, á fin de adoptar luego la resolucion que se creyera

más conveniente, en vista del resultado de su interesante mision. Tal vez Sigor no se hubiera dejado engañar con las protestas y afirmaciones de Manobal, si la penetrante inteligencia de Léntulo no hubiera observado en el rostro del guerrero su incertidumbre y sus recelos; por lo cual, á una indicacion hecha con los ojos á Dionea, se aproximó ésta al galo diciéndole con dulce acento:

— Estoy á tu obediencia para satisfacer tus deseos y guiarte á visitar esos colosales monumentos de piedra de que te he hablado y que tú opinas deben ser los antiguos altares del dios á quien se rendía culto en estas comarcas.

Mientras Sigor se volvió para atender á Dionea, y en tanto que se disponia á contestarle, Manobal y Léntulo montaron sobre un carro y se alejaron al galope de sus caballos, envueltos en una densa nube de polvo: Cesonia desapareció para ir á engalanarse con los regalos del romano, y quedaron solos la esclava y Sigor.

Hasta aquel momento el bárbaro y la griega se habian encontrado diferentes veces y por más que desde la primera vez no hubiese trascurrido sino un solo dia, ya existia entre ambos esa mutua confianza que se inspiran recíprocamente dos almas que se comprenden y que

se apartan de una íntima sociedad con los demas seres que le son del todo refractarios.

No obstante, por un singular contraste, pudo observarse que la expansion de esa confianza cesó súbitamente, al ménos por parte de Dionea, desde el instante que se alejó Léntulo; y en vez de continuar hablando á Sigor con la familiaridad y dulzura que lo habia hecho hacía un momento delante de los demas; le dijo ahora bajando la frente y con voz alterada:

— Si quieres seguirme, la esclava de tu huésped está pronta para guiarte á los lugares que deseas conocer.

Y sin esperar la contestacion de Sigor, empezó á caminar delante de él enjugando furtivamente algunas lágrimas que deramaban sus ojos.

El guerrero la siguió silencioso durante un largo rato, sin turbar el dolor de la griega, pero al pasar por un profundo barranco, bajo la salvaje y espesa bóveda de seculares y frondosos árboles, Sigor se aproximó á Dionea diciéndola:

— ¿Qué te ha dicho ese romano, esclava de Manobal? ¿Tiene Léntulo el derecho de imponerse á tus sentimientos? ¿La palabra de ese hombre es acaso la fuente de tus dolores ó de tus alegrías?

— Las palabras de Léntulo no podrian

darme la dicha jamas; pero tienen el triste privilegio de atormentarme. En cuanto á las imposiciones que haya intentado hacerme las desprecio desde lo más íntimo de mi alma, cómo le desprecio á él: si el amo y señor, por ser el más fuerte, se cree con el derecho de imponer su voluntad, el esclavo, á quien la muerte no puede causarle espanto ni temor, tiene siempre tambien la libertad de sus intenciones y alguna vez el poder de la desobediencia.

— Dime, Dionea, cuáles sean esas imposiciones: dime hasta qué extremo debo odiar desde hoy, por afecto á tí, á ese hombre, á quien odio desde ántes de conocerlo, por amor á mi patria: dime á qué cruel suplicio debo someter á ese romano, á quien no habia jurado todavía más que la muerte.

Al pronunciar esas frases, tenía el semblante de Sigor tal expresion y tal sello de ferocidad, que la misma Dionea quedó aterrada de espanto, miéntras su vehemente mirada expresaba al par íntimo gozo, tierno sentimiento de gratitud y atemorizada admiracion por la terrible proteccion que en aquellas formas se le ofrecia.

Reinaron algunos intervalos de silencio, y al cabo de ellos dijo Dionea.

— Tal vez te revele dentro de poco cuáles son las prevenciones que se me han

hecho por parte de Léntulo: en este momento no puedo ni quiero decirtelas; pero si despues que hayamos visitado esos druidicos altares de la selva insistes en quererlas saber, yo te las confiaré con entera franqueza. Entónces tú consultarás á tus dioses y yo te diré tambien mis propósitos: entónces, y sólo entónces, resolveré á mi vez si debo resistir ú obedecer: entónces sabré, por último, si he de vivir ó si he de morir.

Díonea emprendió de nuevo su marcha resueltamente y Sigor la siguió:

Bien pronto llegaron á los linderos de la selva, y tan luégo como penetraron en ella, escucharon un gran rumor producido por una reunion de cazadores que se llamaban unos á otros con los repetidos ecos de unas bocinas de cuernos que llevaban pendientes de la cintura. No era posible evitar el encuentro de aquellos hombres; porque el punto de reunion y el sitio á donde acudían era precisamente el sendero que conducía al lugar en que se hallaban los monumentos que Sigor queria visitar. Cuando el guerrero y la esclava se fueron aproximando, observaron que aquellas gentes habian formado un gran círculo, en cuyo centro se encontraba un sacerdote. Aunque entónces ya los galos tuviesen templos consagrados á Diana de Efeso,

bajo la advocacion de Artémida (1), tenían además una divinidad particular protectora de la caza, y á esta deidad era á la que invocaban en aquella ocasion. El sacerdote fué presentando á cada uno de los cazadores una gran bolsa, donde fueron depositando una cantidad de monedas igual al número de piezas que respectivamente habian matado durante todo el año. Al terminar esta ceremonia separáronse y comenzaron á cazar en todas direcciones, ménos en la parte de la selva á donde se dirigían Díonea y Sigor. Estos continuaron su camino penetrando, por senderos escabrosísimos, en lo más agreste del monte que parecia un desierto abandonado.

— ¿Podrás decirme, — preguntó Sigor á la jóven, — por qué siendo indudablemente esta parte del bosque más fecunda en caza, huyen de aquí, al parecer, esos hombres?

— Tal vez seas tú quien puedas expli-

(1) Diana era la diosa que presidia la caza y fueron los mismos griegos quienes la llamaron Artémida. El principal templo dedicado al culto de esta deidad estaba en Efeso, ciudad de la Jonia del Asia Menor, célebre por sus monumentos. Un fanático nombrado Erostrato lo incendió la noche que nació Alejandro; pero aún se conservan sus ruinas. Se representaba á Diana bajo la figura de una mujer hermosa, con el túnico formando pabellon sobre el muslo derecho, la luna en la cabeza, la aljaba al hombro, el arco y la flecha en la mano y un perro al lado. (N. del T.)

cármelo, — respondió Dionea, — cuando hayas examinado ciertas cosas notables y dignas de atención que existen hácia esta parte de la selva.

Y en efecto, bien pronto llegaron á un lugar donde se levantaba un número considerable de promontorios, en forma de pirámides, entre los cuales habia algunos que no median ménos de doscientos piés.

— Ahora comprendo, — exclamó Sigor, — cual sea el sentimiento que aleja á los galos de estos lugares venerandos, cuya contemplación les recordaria la antigua existencia de santas virtudes que han olvidado. Dionea, éstos son los sepulcros que se erigian á la memoria de las mujeres que siguieron voluntariamente á sus esposos más allá de la vida. En otros tiempos era conceptuada muy desfavorablemente la viuda que se daba segundo marido después de la muerte del primero; y por el contrario, conquistaba honra eterna la que acompañaba á su esposo, haciéndose enterrar viva en su misma sepultura. A las mujeres de una virtud tan extraordinaria se les alzaban majestuosas tumbas.

— En efecto, — dijo Dionea, — no solamente lo considero justo, sino poéticamente bello y sublime el morir por aquel que vivió para el amor de su esposa, si ésta lo eligió y se dió á él con la completa libertad

de sus sentimientos; pero cuando la voluntad de un padre, la necesidad ó la fuerza ponen á una mujer en poder de un hombre á quien tal vez detesta, ¿le deberá también el sacrificio de su vida la que le ha sacrificado ya su felicidad?

— Es que aquí en otros tiempos las hijas de los galos no tomaban por esposo sino al hombre de su elección. Cuando se las consideraba en edad conveniente para el matrimonio, sus mismos padres reunian bajo el techo de su morada á todos los jóvenes que se habian declarado pretendientes de sus hijas, invitándolos á un festín; y allí, en presencia de todos, aquéllas hacian pública y libremente su elección, extinguíendose así toda esperanza en los corazones de los que no habian sido preferidos, puesto que tenian la seguridad de que no eran amados.

— Y aquellas jóvenes, — observó Dionea dirigiendo á Sigor una expresiva mirada, — al hacer así de su amor tan atrevida declaración ¿encontraban palabras para expresarlo?

Entregado Sigor á los recuerdos de las costumbres que le traian á la memoria las venerandas de su país, no pudo comprender ni la pregunta ni la mirada de Dionea, y respondió con sencillez:

— No; bastaba que la jóven llenase de

agua ó de vino una copa y la presentase al que merecia su preferencia. Pero todas aquellas costumbres van perdiéndose poco á poco; y al desaparecer cada una de ellas, tienen forzosamente que desaparecer tambien sus naturales consecuencias. El dia en que dejó de respetarse la libre eleccion del esposo, quedó virtualmente abolida la ley que castigaba el adulterio con la muerte. Y como tú decias muy discretamente hace un instante, no podia exigirse á la mujer, con fundamento de justicia, que acompañase hasta en la tumba á aquel á quien no habia voluntariamente acompañado en la vida.

Despues de una breve detencion en aquellos lugares, caminaron todavía más de una hora hasta llegar al cauce de un profundo torrente, seco á la sazón, en cuyo lecho se detuvieron nuevamente para contemplar unas piedras enormes que eran dignas de atencion; preguntando Dionea á Sigor el significado de los singulares y extraños signos que se veian grabados en algunas de ellas,

— Yo no puedo explicarte, — dijo Sigor, — ni me es dado interpretar lo que quieren decir esos signos, porque ése es uno de los secretos de nuestros druidas, guardado religiosamente por ellos en las selvas que habitaban, y perdido y muerto tambien

con ellos en ésta donde nos encontramos.

— ¡¡No!! — exclamó una voz grave y solemne que se dejó oír cerca del galo y de la esclava. — Ese misterioso secreto no ha muerto áun aquí!

Sigor y Dionea volvieron la vista del lado de donde partia aquella voz, y descubrieron en lo más profundo del cauce á un anciano que estaba sentado al pié de uno de aquellos monumentos, en solitaria contemplacion, sin más ropaje que una harapienta túnica talar, cuyos rotos y jirones dejaban examinar sus descarnados y enflaquecidos miembros, debilitados por la edad y por la miseria.

Al aproximarse á él los dos jóvenes, se incorporó aquel espectro animado y se dirigió á una de las grandes losas que tenia más cercana, señalando con el dedo índice de su huesosa mano la inscripcion que allí se veia grabada, y añadió leyendo:

— *Aquí está el secreto de la vida humana. Sobre esta otra se ve escrito: La vida es breve, y el tiempo no es largo sino despues de la muerte. En aquella de más allá se ha dicho: Goza y vén. Todos estos son sepulcros; lo único que sobrevive á nuestras antiguas leyes y costumbres ¡oh jóvenes! son las tumbas de nuestros padres.*

— ¿Quién eres, pues, — exclamó Sigor, — tú, que has podido conservar tan preciosa

ciencia á través de los siglos destructores, de las antiguas leyes de nuestra patria?

—Soy el último sucesor de los que, dispersos y errantes hoy por la tiranía de nuestros reyes y por la apostasía de los pueblos, recibieron de nuestros antepasados el depósito sagrado de su santa doctrina y la enseñanza de la religion del gran Teutates. Hace ya mucho tiempo que todavía vinieron algunos á conservar en estas montañas aquel sagrado culto; pero despues que ellos han muerto me he encontrado solo para recoger la herencia que habian recibido y custodiado. ¡Ay de mí! En medio de esa loca juventud que rinde culto á otros dioses y practica una nueva religion, protegida por la negligencia, ó más bien por la ambicion de nuestros jefes, no he podido encontrar oídos que quisieran escucharme, ni inteligencias que pudieran comprenderme. Largo tiempo esperé; mas me abandonasen por completo, quise venir en busca de los que no fueron á buscarme: he abandonado la montaña donde habito, y he caminado sin parar durante dos dias seguidos. Esto era hacer más de lo que permitia mi edad y mi débil estado: lo he conocido tarde, la fatiga y el cansancio me han dominado, y al detenerme aqui he considerado estos venerandos sitios co-

mo el término de mi peregrinacion sobre la tierra. ¡Quién sabe si esta coincidencia será uno de los inescrutables designios del cielo para que aquí muera conmigo y queden sepultados en la eterna oscuridad de mi tumba los secretos de que soy último depositario!

—¿No me consideras digno de conocerlos?—dijo Sigor.

Por primera vez fijó el anciano su vista en el jóven guerrero, cuyo aspecto le dejó atónito, y gritó:

—¿De dónde vienes? ¿Quién eres tú que así traes á mi memoria la fiel imágen de nuestros antiguos guerreros, tal como se ven representados en las piedras de nuestros altares y de nuestros monumentos?

Sigor le manifestó sucintamente que era el descendiente de uno de aquellos celtas que habian abandonado el suelo de la patria hacia ya cerca de cinco siglos, y que habian conservado en el retiro de la selva Hercinia la religion, las leyes y las costumbres que ántes se practicaban en el país de los Tectósagos.

El anciano, al escuchar el relato de Sigor, quedó admirado, preguntando al jóven guerrero cuáles eran esa religion, esas leyes y esas costumbres; y cuando aquel se las explicó segun se ha ensayado de darlas á conocer en el primer tomo de esta

obra, movió lentamente la cabeza y exclamó:

— ¡Ah! Bien lo veo, bien lo conozco: nuestros descendientes no son tan culpables como lo somos nosotros, ni nosotros mismos lo somos tanto como los que nos han precedido. Hemos caminado lentamente, sí, pero sin cesar, por las vías que nos alejaban de nuestra primitiva sencillez, y que nos conducían al olvido de nuestras virtudes santas, sumiéndonos en la terrible hoguera de ese lujo devastador é infernal cuya perniciosa influencia domina hoy el sentimiento de los hombres y corrompe con sus mefíticos vapores las entrañas de la sociedad y el corazón de los pueblos. Desde aquella época hasta la presente ¡cuánta mudanza! Ya no es para ir en busca de la guerra para lo que los galos atraviesan los grandes ríos sobre sus enormes escudos: ahora construyen inmensos bajeles y los hacen caminar por sus mares con el auxilio de ligeras pieles, que recogen el soplo de los vientos para llevar á lejanas playas una parte de nuestros productos y de nuestra riqueza, regresando con otras especies y otros artículos diferentes y ántes desconocidos. Ya los hombres no se satisfacen, como en otros tiempos, con los productos de la caza del día, ni con los frutos que la naturaleza y la fertilidad de nues-

tros campos ofrecían; sino que, de apartadas comarcas, traen aquí extrañas variedades, conservadas luégo por virtud de las sales que han aprendido á extraer de las podridas aguas del mar. Los focenses de Marsella les han enseñado el arte de fabricar el pan y los medios de acelerar la madurez de las frutas; y en cambio esos extranjeros han aprendido aquí á montar los arados para cultivar la tierra y á purificar los granos y simientes con el auxilio de las cribas. Además han aprendido de nosotros la manera de fundir y modelar el vidrio, y el arte de estampar las telas con los más vivos colores, y de dar al cobre y al estaño la pulida brillantez del oro; porque hace mucho tiempo que el lujo por demas insolente de nuestros abuelos había desdeñado el uso de las vasijas de barro, encontrando su vanidad el medio de hacer mentir á los metales. Hace también ya tiempo bastante que las ligeras y sencillas vestiduras de nuestros antepasados fueron abolidas, porque dejaban examinar que los hombres carecían de vigor, de robustez y de fuerza; fué, pues, necesario inventar y adoptar telas tan tupidas que resistiesen al filo de las espadas, y tan densas que no pudiese penetrar el frío á través de sus espesos tejidos. Nuestros hijos hacen lo mismo que hemos hecho nosotros: han pros-

crito nuestras costumbres, como nosotros habíamos proscrito las de nuestros abuelos. El castigo es justo.

—Afortunadamente no ha sucedido eso entre los de mi país,—respondió Sigor:— todo lo que era objeto de veneración para nuestros padres lo es aún para nosotros, y hemos conservado la sencillez de sus costumbres, y con ellas su heroico valor. Dime, pues, cuáles son esos secretos que nadie se presenta á recoger de tí, porque yo me considero digno de su depósito.

—Si lo que acabas de manifestarme es cierto, y si los antiguos y verdaderos galas se encuentran refugiados en los bosques de la Germania, ellos volverán aquí de igual manera que de aquí salieron. Yo supongo que vosotros no habréis heredado solamente las apacibles virtudes de nuestros antepasados, sino que también debe animaros el amor á la gloria y el espíritu conquistador de aquellos ilustres guerreros. Pues bien; si habeis fielmente conservado tan preciosa herencia, yo me atrevo á vaticinar que ése es el tesoro de la grandeza futura de nuestra patria; conservadlo, y el mundo entero volverá á encontrar en esas apartadas regiones el secreto de nuestra religion, que aquí va á morir conmigo.

—¿Quieres,—dijo Sigor,—que te acompañemos hasta tu morada? ¿Deseas que te

guiemos á alguna ciudad donde puedas recibir cómodamente el socorro y los cuidados de los hombres?

—Es inútil,—dijo el anciano;—yo recuperaré fuerzas bastantes para regresar solo á la cabaña en que habito; pero si el gran Teutates me priva de ellas, querrá advertirme que he encontrado aquí mi última morada. Sin embargo, puedo aceptar de tí un postrero servicio: ve á lo más espeso de la selva, y procura encontrar y traerme algunas frutas silvestres; yo daré testimonio ante el tribunal celeste, adonde pronto he de comparecer, de que has socorrido á un anciano y prestado apoyo á su debilidad.

Sigor recomendó á Dionea que permaneciese al lado del viejo druida para estar á su cuidado, en tanto que él marchaba á ejecutar lo que le había pedido, y se alejó rápidamente.

El anciano quedó sumido en profunda meditacion: Dionea, de pié cerca del sacerdote, guardó respetuoso silencio.

Hacia ya largo rato que Sigor se había separado de aquel sitio, permaneciendo silenciosos y en la misma actitud la jóven y el anciano: poco á poco la respiracion de éste se hizo fuerte y penosa, sus miembros empezaron á agitarse con un violento temblor nervioso, y su fisonomía llegó al fin á

alterarse con marcado carácter de espanto. Atemorizada Dionea al observar tan súbito acceso, y creyendo que se apresuraban los últimos instantes de aquel hombre, le dijo con voz trémula y poseída de terror :

— ¿Qué te sucede? ¿Qué mal te aflige? ¿Quieres que llame á Sigor? ¿Deseas que vuelva á tu lado?

— No, — respondió el druida; — no es que sufro, sino que conozco la aproximación de una tempestad: la tormenta invade el espacio, su influjo pesa sobre la atmósfera, y yo la siento avanzar sordamente.

Dionea puso atención, y volvió la vista en todas direcciones: el cielo estaba sereno, y sólo descubrió ella señales de conmoción en el seno agitado del anciano. La jóven no pudo observar anuncio alguno de tempestad en el espacio, porque no tenía, como el druida, ese exquisito sentido de percepción que poseen las gentes que han vivido constantemente en los bosques y en las montañas, y que les hace presentir y conocer las revoluciones atmosféricas mucho tiempo ántes que se manifiesten á la obtusa y embotada sensibilidad de los habitantes de las ciudades.

— No, — replicó Dionea; — sin duda te engañas: ninguna señal de tormenta nos

anuncia que Júpiter prepare sus temibles rayos.

Al escuchar la palabra Júpiter, se nubló el rostro del druida con siniestra expresión de ferocidad, y fijó su ardiente mirada sobre la jóven, como el chacal que contempla su presa: con la cabeza inclinada, rastreó la mirada en torno suyo para asegurarse de la soledad en que se encontraba, y extendiendo de pronto su descarnado brazo, asíó á la jóven por la espalda y la dijo con apagada voz y terrible acento:

— Las hijas de los galos, por muy degeneradas que estén, no invocan jamás el nombre de Júpiter: ¡tú eres extranjera!

— He nacido en Grecia, — respondió Dionea llena de terror.

El anciano dejó percibir una maliciosa sonrisa, y exclamó:

— ¿Las hijas de la Grecia se permiten la licencia de caminar solas con un gallo por nuestras agrestes montañas?

— Soy esclava de la hija de Manobal, — le observó Dionea.

— ¡Griega y esclava! — gritó el druida como asaltado por una súbita idea. — ¡Esclava y extranjera! — repitió sujetando á Dionea con hercúlea fuerza, mientras la jóven procuraba inútilmente libertarse de la mano que la aprisionaba y de la mirada feroz que la fascinaba.

Y luego añadió con fanático acento:— El voto final del último hombre consagrado al culto del gran Teutates va á cumplirse, y el último sacrificio que se le dedique sobre esta tierra se lo ofrecerá mi mano moribunda.

Un grito de terror se apagó en la garganta de la jóven al escuchar las amenazadoras frases del viejo druida; pero no pudo escapar de la mano nerviosa que la sujetaba. Y en tanto que ella se esforzaba en vano para lograrlo, el anciano, con la frente elevada y con la mirada fija en el cielo, parecía contemplar en el firmamento un espectáculo que para nadie podía ser visible mas que para él.

— ¡Ya viene!— decía, —ya viene envuelto en las nubes y acompañado por la tormenta, para beber la sangre que hace tanto tiempo falta á sus sedientos labios. Ya avanza, extendiendo por el cielo sus inmensas y negras alas, y la abrasadora mirada de su encendida pupila alumbraba el espacio con sus rayos.

En efecto, la tempestad anunciada momentos ántes por el druida se elevaba rápidamente por el horizonte desde las montañas hasta el cielo, y descendía con mayor violencia desde lo alto del cielo á lo profundo de los valles. La tormenta retumbaba en las alturas; negros nubarro-

nes habian ido encapotando la luz; los silbidos del viento hacian notar que aumentaba por grados la violencia de la tempestad, y ya empezaba la lluvia á crecer la corriente de los arroyos, que bien pronto habian de convertirse en torrentes impetuosos.

— ¡Sigor! ¡Sigor!— gritaba con desesperacion la jóven esclava.

— No, no vendrá, no puede venir. Teutates lo cegará con sus rayos y le aturdirá con la tremenda voz de sus truenos: no vendrá.

— ¡Sigor! ¡Sigor!— gritaba todavía Dionea, cuya penetrante voz repetia el eco de la tormenta.

— Te digo que no vendrá, porque el sacrificio es justo. ¡Hija de los dioses funestos que han proscrito á nuestros dioses, vas á morir para dar satisfaccion á nuestro culto! No importa que aquí no exista un dolman (1): el altar no hace el sacrificio, sino la victima. Silencio, pues, porque no conseguirás con tus gritos otra cosa que acelerar el instante de tu suplicio.

— ¡Sigor! ¡Sigor!— repetia sin cesar

(1) Altar ó monumento céltico que levantaban los druidas para los sacrificios humanos, colocada una gran piedra plana sobre otras dos situadas perpendicularmente. (N. del T.)